

GYNSURRECCIÓN

—¿Y vos qué opináis al respecto, kâden Jhagbra?

Al oír su nombre, el sacerdote desvía la mirada del atardecer que muere detrás del ventanal para buscar al individuo que le ha lanzado la pregunta. Los asistentes a la reunión le miran con la misma expresión, reservada y solemne, así que no identifica a su interlocutor. En realidad, le da igual quien haya sido. Mientras dependan de su criterio para tomar decisiones, su palabra será el peso que decante la balanza hacia el lado más oportuno para La Congregación.

«Aunque Jiss salga y se esconda y los ciclos avancen, hay cosas que nunca cambian», sonríe el religioso.

Jhagbra deja la moneda que hacía bailar entre sus huesudos dedos sobre la mesa de titanio. La lleva siempre encima, pues le sirve de amuleto —el círculo dorado se parece al Altísimo Jiss— y a la vez de recordatorio. Está algo desgastada por el paso del tiempo, pero sigue teniendo el mismo valor. Como el propio Jhagbra.

—Lo recuerdo perfectamente —dice el sacerdote mientras se acaricia la calva—. Como si fuera ayer mismo.

La sala de reuniones se llena de ceños fruncidos y miradas perplejas.

—Jiss brillaba con una fuerza desmedida, hacía un calor insoportable —sigue exponiendo—. El bueiscarabajo no quería seguir, así que el socio de mi padre bajó del carro y le echó un vistazo. Dijo que se había quedado sin fuerzas, que si no aflojábamos las bridas se iba a morir y nos iba a dejar tirados en medio del desierto. Al final, hicimos lo que propuso. Al darse cuenta de que le habíamos aflojado las ataduras, el bicho se revolvió con vigor, se soltó y escapó.



Se hace el silencio; los miembros del consejo esperan que Jhagbra termine su discurso. Pero ya lo ha hecho. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Wörg, el banquero trevisiano de piel azulada, corta la tensión con una duda.

—¿Se puede saber qué tiene que ver eso con la revuelta que intentamos solucionar?

Jhagbra le lanza una mirada gélida. Wörg nunca le ha caído bien.

—Ellas son como ese buesicarabajo —concluye—. Si destensamos sus ataduras, aunque solo sea un poco, van a liberarse. Van a tirar fuerte hasta romper la cuerda. Si lo logran, señores, ya podemos dar por perdida la Androcorporación, incluso el mismísimo Sistema.

Gan Ghul Da, el representante de Ubifarma, carraspea para llamar la atención.

—Lo dicho por él no va a pasar. Lo hecho por ellas va a ser castigado, así lo quiere Ubifarma y así tendrá que ser.

Cinco de los once miembros empiezan a hablar a la vez, y sus quejas se pierden entre las de sus colegas. Wörg niega con la cabeza. El sacerdote, harto de que le hagan perder el tiempo, se levanta de golpe. Su silla rechina al resbalar hacia atrás.

—¡Silencio, por Jiss! —les grita.

Los integrantes de la Androcorporación Intergaláctica se calman y prestan atención al miembro más anciano del consejo.

—Sé que os parece difícil de resolver —dice Jhagbra—. El razonamiento de Dehb puede pareceros lógico. Sí, como más las empujemos más razones tendrán para luchar. Pero, con todos mis respetos, Dehb —se gira hacia el babulino—; lo que planteas es la opción de los cobardes.



El linaje de Dehb ha alcanzado el poder gracias a la Congregación, así que el babulino no se atreve a contradecir al religioso. El käden sonríe y se dirige al grupo entero.

—El miedo a que difundan sus blasfemias entre el pueblo no debe hacernos temblar las manos. ¿Acaso creéis que alguien les haría caso? Sólo tienen el apoyo de los territorios del sur, y nunca han salido de este pequeño planeta. ¿Creéis que la sociedad de cualquiera de los diez planetas restantes pondría en duda los Preceptos de Jiss solo porque un grupo de paganas se lo dijera? ¿Tan debilitado y desgastado veis al Sistema?

El Coronel Gaglâqa deja de acariciarse un tentáculo mandibular y asiente. Le encantaría volver a participar en un conflicto armado. Cuando eliminó sus oponentes de la faz del planeta que gobierna se quedó sin nadie contra quien batallar.

Wörg, al contrario que el militar cthulhiano, no está de acuerdo.

—Luchar contra ellas sin intentar negociar sería un error. Firmemos un acuerdo con ellas, aunque luego no lo respetemos. Si decidimos luchar, puede que...

—¡No son más que un puñado de monstruos, por Jiss! —interrumpe el Coronel—. ¡Aberraciones poseídas por Mennu! ¡No debemos negociar con herejes!

Una algarabía de opiniones vuelve a saturar la sala. Casi todos pierden las formas, se señalan con el dedo. Pero Jhagbra no se deja llevar por el caos. Suspira y le pide al Altísimo que le de paciencia.

—¡Calma, calma! —les pide a sus socios. A desgana, obedecen al käden—. Parece que la única forma de zanjar este asunto es pasar a las votaciones.

Algunos miembros refunfuñan con medio susurro, pero la mayoría secundan la opinión del sacerdote con un leve asentimiento de cabeza. Aunque los estatutos de la Androcorporación dicen que todos los miembros tienen el mismo poder, pocos de sus integrantes se atreven a contradecir la palabra del käden Jhagbra.



Gan Ghul Da verbaliza lo que piensan los más afines al sacerdote.

—Lo sugerido por el kâden la mejor de las ideas parece. Comienzo debe dar la votación, pues.

Jhagbra arrima la silla a la mesa, ladea la cola de su túnica sacerdotal roja y se acomoda de nuevo en su asiento. El bajito escriba de la Androcorporación, Kaitto Hen, se acerca al mueble de titanio. Con su voz grave y potente, inicia el protocolo.

—Votación número trescientos setenta y seis. Elección del método a usar para eliminar la amenaza rebelde que supone el grupo de mujeres, autodenominado Gynsurrección, que ha decidido dejar de tomarse la R-28 y alzarse contra El Sistema. Que levanten el dedo, tentáculo distal o apéndice palmar los miembros de la Androcorporación que apoyen la solución hostil propuesta por el kâden Jhagbra.

Antes de levantar la mano, el sacerdote clava su mirada en los ojos de Dehb. No la aparta hasta que el aristócrata ha entendido su significado, y lo hace para dirigirla hacia la moneda que le regaló su padre y que ahora descansa encima de la mesa.

En el centro de la pequeña pieza dorada brilla un ideograma.

La letra ese.

El símbolo del Sistema.



La puerta de metal se desliza de lado con un ruido sordo para que el kâden pueda salir de la sala de reuniones. Jhagbra lleva las manos a la espalda, cogidas entre ellas, y sonríe como lo haría un corredor de apuestas que ha amañado la carrera. Después de que el hombre y su túnica roja salgan al pasillo, la puerta se cierra y eso ayuda a que Jhagbra se olvide de la asamblea. Todo ha salido como él esperaba.

Al ver al religioso, los dos guardias armados con blasters que lo han escoltado hasta la reunión rompen la formación militar y se sitúan a sus flancos. Lo siguen mientras avanza por el corredor, hacia el exterior del complejo. Sus cascos de visera translúcida y sus armaduras acorazadas de color gris son idénticos; se diseñaron para fomentar la unidad del batallón y eliminar la individualidad. No importa de quien sea el rostro de detrás del cristal, pues el deber del soldado a quien pertenece es exactamente el mismo que el de todos los demás miembros del escuadrón.

El kâden se dirige, en silencio, hacia la puerta de salida al hangar. Allí le espera su nave, la que la Congregación de Jiss pone a la disposición de su tercer más alto cargo. «Qué ganas tengo de alejarme de este planeta húmedo, salvaje e indómito», se dice Jhagbra. «Y de sus problemas.» Aunque sus socios consideran que el pequeño grupúsculo de mujeres que lucha en las provincias meridionales puede llegar a representar una amenaza para El Sistema, él sabe que Jiss nunca permitirá que las adoradoras de Mennu, la fuerza opuesta al Altísimo, se salgan con la suya.

Uno de los guardias quiebra el silencio de la marcha con resoplidos. La mano derecha no la mueve del blaster, que descansa en su hombro, pero con la izquierda se toca y golpea el casco, que le va un poco pequeño y le molesta, sobretodo en la zona occipital. Jhagbra intenta no indignarse por tal falta de respeto hacia su persona —es un hombre de protocolos—, pero la insistencia del soldado acaba provocando que la tolerancia del religioso se agote.

—Silencio, soldado.

El aludido, sin detener su avance, deja en paz el casco y asiente.



—Ah, sí, claro. Perdón, señor.

Por su aguda voz, el kâden supone que detrás de la armadura se esconde un chico joven, un muchacho que apenas tendrá veinte ciclos, un cadete que llegó al mundo después de la instauración del Sistema. Y eso, para Jhagbra, justifica en parte su falta de decoro. Él también ha pasado por esa etapa de la vida, aunque ahora se avergüenza de ella. Si alguien hubiese pillado a aquél mocoso ignorante por los oídos y le hubiera dicho que un día sería kâden y dirigente de la Androcorporación, sólo hubiera recibido una carcajada y un puntapié como respuesta.

Aunque los Preceptos prohíben a los sacerdotes tener descendencia y él nunca lo ha deseado, le invade una empatía parecida al cariño paternal.

—Siempre debes guardar respeto a tus superiores. ¿Acaso no te enseñaron lo que es el respeto, en la Academia Patromilitar?

—Sí, señor —responde el soldado—. Respeto siempre. La cadena de mando es inquebrantable, señor. Le pido excusas de nuevo.

El entrecejo del kâden se afila más si cabe.

—Procura no volver a olvidar tus obligaciones —le espeta Jhagbra sin desviar la vista del pasillo.

Llegan a la puerta. El centinela que la custodia, quien ha reconocido al kâden antes incluso de verle la cara, pulsa el interruptor que abre el acceso al hangar. El panel metálico se desliza y Jhagbra y sus acompañantes salen al exterior.

La selva que envuelve el complejo cubre de sombras la plataforma donde, al lado de otras naves, descansa el lujoso vehículo interestelar del sacerdote. La reunión se ha alargado un poco, así que la encarnación de Jiss que ilumina el planeta ya se esconde detrás de la vegetación cuando el kâden se acerca al transporte espacial. La rampa de



embarque se despliega, los androides se alejan de la nave y los soldados apuntan sus blasters hacia la jungla.

Antes de que Jhagbra pise el acero de la rampa, un alarido paraliza la escena.

Un artilugio rueda hasta los pies del kâden. El guardia más veterano salta para cubrir a su protegido con el cuerpo mientras suelta un grito.

—¡Atención! ¡Nos atacan!

La bomba de humo estalla.

Jhagbra tose, lo envuelve una nube blanca. Se encoge, asustado, no sabe qué hacer. Alguien lo empuja hacia atrás. Oye los pasos marciales de un escuadrón, supone que el de apoyo. Los soldados le rodean. No ve nada más que niebla, de vez en cuando cascos grises. Siente como el miedo le estruja las entrañas.

De repente, una luz esmeralda tiñe la bruma más cercana a la vegetación y los soldados, al verla, se apiñan aún más alrededor del sacerdote. Uno de ellos chilla y dispara al fulgor, dominado por el pánico. Un coro de siniestras carcajadas se alza como réplica.

Es entonces cuando Jhagbra comprende lo que ocurre. Uno de los guardias verbaliza lo que todos están pensando.

—¡Joder, son ellas! ¿Cómo coño han llegado tan al norte?

—¡No os separéis! ¡Proteged al kâden! —grita otro. Le tiembla el pulso.

Alguien suelta otra ráfaga. El líder del escuadrón intenta tranquilizar a sus hombres.

—¡No perdáis la calma! ¡Venga, volvemos hacia dentro!



El muro de corazas empuja a Jhagbra hacia el edificio a través del humo, que se niega a dispersarse. El religioso nota como el miedo se transforma en rabia. En odio. La llama de Jiss quema en su interior. Jhagbra prepara una frase amenazadora, pero antes de que pueda lanzarla el soldado que tiene a su derecha sale despedido hacia arriba, como impulsado por una fuerza invisible. Su chillido se pierde en la distancia.

Y entonces empieza el caos.

—¡Fuego! —ordena el líder.

Las ráfagas carmesíes de los blasters hienden la niebla, buscando la luz verde. Ésta se hace más intensa. Algunos soldados pierden sus armas cuando éstas alcanzan el vuelo, otros empiezan a levitar y rompen la formación. Jhagbra se agacha guiado por el pánico. Sólo ve destellos verdes, destellos rojos, bruma. Oye gritos de dolor. Los soldados que conservan el blaster siguen disparando, sin un objetivo claro. Ya nadie escucha las órdenes del líder, que se pierden entre la confusión. Al káden le parece oír otra vez el coro de risas.

Una mano toca el hombro del sacerdote y lo empuja hacia delante.

—¡Señor, muévase! ¡Le llevaré dentro!

Jhagbra está más que confuso, se deja llevar. Mientras anda, ve soldados flotando entre la calima, rodeados por el resplandor del enemigo. Oye sus alaridos de terror. Destellos de colores, a veces verdes y otras rojos, le salpican la vista. La confusión y el terror reinan en el hangar. A cada paso que Jhagbra da, la nube es un poco menos densa.

El káden topa con la puerta de acceso al complejo. El soldado pulsa el botón y luego empuja a su protegido hacia el interior, lejos de la escaramuza. Cuando la puerta se cierra, Jhagbra apoya ambas manos en la pared y, tras recuperar el aliento y la compostura, golpea con el puño el muro de metal que le separa de la batalla.

—¡Malditas herejes, cómo se atreven!



—Tenemos que alejarnos de la puerta, señor —recomienda el soldado.

Jhagbra le clava una mirada saturada de cólera.

—¡Matadlas a todas! ¡A todas!

Durante un breve e incómodo instante, el soldado se queda mirando al religioso.

—Tiene que refugiarse en un sitio seguro, señor. Donde no puedan encontrarle si llegan a entrar en el complejo.

El sacerdote suelta su frustración con un grito, vuelve a golpear la pared y luego suspira. Sabe que tiene que respetar el protocolo de seguridad.

—De acuerdo, escóltame hasta mi despacho.

Se cruzan con un escuadrón de apoyo formado por seis soldados. Jhagbra no puede ver la inquietud en sus rostros ni el pavor en sus almas, pero se los imagina. Una explosión hace que las paredes retumben, como si una tormenta acometiera el lugar.

Al llegar a sus dependencias, el kâden pulsa el panel con el índice y su huella les permite el acceso a la sala. El soldado, que desde que han dejado atrás el hangar no ha apartado el dedo del gatillo, entra después de Jhagbra y, mientras la puerta se cierra con un chirrido, le indica que se siente en la butaca blanca del lado de la mesa. Pero él, con el corazón desbocado y sin saber qué hacer con la furia que le quema el pecho, se acerca al enorme ventanal y observa la oscuridad, las primeras estrellas y la esférica silueta de Mennu.

—¡No lo conseguirás! ¿Me oyes? ¡Mis hombres aplastarán a tus furcias sediciosas!

—Será mejor que no grite, señor —le sugiere el soldado.



Jhagbra, ya lejos del peligro, se fija en su aguda voz. La reconoce.

—¿Chico? ¿Eres tú?

—Sí, señor.

La ceja derecha del religioso se arquea buscando el techo.

«Puede que al final no seas tan incompetente como parecías, chico. Pero aún te quedan muchas cosas por aprender sobre cómo funciona este mundo.»

—Puedo gritar todo lo que quiera, soldado. No van a oírme insultarlas porque no lograran entrar en el complejo. Vamos a aplastarlas, sólo son un puñado de mujeres desorganizadas. ¿Acaso creen que pueden ganar? ¡Ja! Tus camaradas seguirán llegando al hangar hasta que no queden ni sus huesos.

El cristal blindado que da al exterior vibra un instante. Otra explosión.

—La enemiga del Altísimo las engañó, y ellas solas se condenaron —afirma el kâden—. Desde el instante en que decidieron no creer en El Sistema y ceder al tormento de la diosa, la maldición de Mennu fluye por sus venas. ¡Son una amenaza para el mismísimo progreso! El dolor que han sido incapaces de controlar las ha transformado en criaturas perversas, en monstruos salvajes. Ha contaminado sus corazones. La voluntad de Jiss, y por lo tanto de la Androcorporación, es que se pudran en la oscuridad. Es el castigo para los que abandonan El Sistema. Sin él, la vida en el universo carecería de futuro.

Sin decir nada, el soldado baja el blaster y se acerca al sacerdote. Gira la cabeza hacia la luz esmeraldina con la que la luna tiñe el firmamento nocturno.

—Hace años ya, no sabría decir cuántos —empieza a explicar—, alguien me dijo que el futuro no existe. Que sólo es un presente lejano. Los más poderosos dicen que pueden controlarlo, pero se les escapa entre los dedos la mayoría de las veces que lo intentan.



Tras dejarse sorprender por tan sabias palabras, Jhagbra le responde con firmeza.

—El Sistema fue diseñado para asegurar que las sociedades integradas en la Androcorporación Intergaláctica siguieran avanzando hacia su zénit. Es el método óptimo para el desarrollo de la civilización, sólido y justo. Te aseguro que sin él el universo sería un caos. Las sociedades vivirían en una anarquía muy parecida a la situación que en estos momentos se enfrentan tus compañeros. Aún así, debo admitir que es una frase bastante certera. ¿Quién te la dijo, chico?

Antes de contestar, el soldado se queda un momento en silencio.

—Mi madre. Era... Era una mujer muy lista. Me dijo que la Gynsurrección cree que Mennu no maldice a las mujeres con un sufrimiento perpetuo, como dice la Androcorporación. Sino que quiere otorgarles un don.

—Qué herejía tan absurda, ¿verdad? Y, aún así, algunas de ellas se lo creen. La idea surgió de un rito pagano muy antiguo, un dogma primitivo que hablaba del ciclo de Mennu y de su energía. Bah, un puñado de blasfemias. No temas, chico; la luz de Jiss acabará con sus tinieblas.

—Entonces —formula el soldado—, ¿lo que he oído que La Gynsurrección proclama sobre la R-28 también es mentira?

—¿Lo de que la pastilla en realidad anula el poder de Mennu? ¡Por supuesto! Les pedimos a todas las mujeres que se la tomen cada mes porque no queremos que sufran. No es necesario que soporten las heridas que Mennu les infringe cada vez que la vil diosa de la noche decide que no son dignas de llevar vida en su interior. ¿Les ayudamos a liberarse, y así nos lo pagan? ¡No merecen nuestra compasión!

El grito de Jhagbra se convierte en un eco irritado que rompe la aparente calma.



—Dime, soldado —pregunta el sacerdote—. ¿Crees que quienes adoran a una divinidad tan cruel pueden ser algo más que salvajes?

El aludido se aparta del ventanal y le da la espalda al kâden.

—Creo que al hombre le encanta suponer que es más sabio que la naturaleza, señor.

Jhagbra va a abrir la boca para sancionar tal insolencia, pero se detiene al acordarse de una situación parecida que él y su padre vivieron hace tiempo. Mete la mano en el bolsillo y la saca con la moneda entre los dedos.

—Mírame, soldado.

Él le obedece. Jhagbra le acerca la dorada esfera al cristal tintado de la visera.

—Como supongo que sabes, esta letra es el símbolo del Sistema. La Androcorporación, mucho antes de que tú o yo nacióéramos, decidió grabarlo en todas las monedas válidas en los once planetas que controla para que a la gente nunca se le olvidara a quien debía agradecer la comida que se servía en sus mesas, o las ropas que les resguardaban del frío. El Sistema asegura que nada se saldrá de sus raíles mientras todos obedezcamos sus normas. Por eso es importante que, si la Gynsurrección amenaza con romper ese equilibrio, acabemos con ellas lo antes posible. ¿Lo entiendes ahora?

El silencio subraya la pregunta del kâden durante varios latidos.

De repente, la moneda desprende un brillo oliváceo y empieza a vibrar.

—No, nunca voy a entender el porqué de vuestras mentiras.

El soldado se quita el casco con ambas manos. El sacerdote palidece cuando ve el rostro que se ocultaba debajo del yelmo. Ni los finos labios ni la cabellera rubia son lo que más le perturba, ni siquiera el fulgor intenso y verde que desprenden los ojos que se clavan en sus



pupilas. Lo que más altera al kâden es ver como la moneda de su padre levita delante de sus narices.

Jhagbra abre la boca con asombro, pero antes de que pueda transformar la sorpresa en palabras la moneda sale despedida hacia su frente, la perfora y emerge de su nuca manchada de sangre.

—La Gynsurrección es el futuro, señor —sonríe la muchacha.

El cuerpo del kâden se desploma sobre el frío metal. Un hilo rojo le resbala por la mejilla.

FIN

